



Bailad sobre mí

nos hacemos tantas películas en la cabeza en la pantalla negra de nuestras noches blancas. Tantas.

Son las cinco de la mañana y ya sé que no volveré a dormir. Me he despertado con el ruido de los vecinos de la habitación de al lado, en este hotel donde paso la noche. Oigo voces de dos hombres. Borrachos. Hablan en un idioma eslavo, no sé cuál. Discuten en voz alta. Luego ríen. Luego follan, suspiran, gimen, no demasiado rato, gracias a Dios. Luego se duchan. Ahora roncan. Todo esto en cuarenta y cinco minutos que me han parecido cuatro horas.

En la calle, hay trabajadores del ayuntamiento que riegan la calle. Me gusta que las calles estén mojadas por la mañana. Desde mi habitación, los veo con sus uniformes amarillos, concienzudamente mojando las aceras; me hacen pensar en *Taxi driver*, cuando Travis sueña con una lluvia que limpie las calles de toda la escoria. ¿Qué hacen cuando llueve los que riegan las calles con mangueras?

¿Travis y yo compartimos la misma idea de escoria?

He pasado una hora leyendo noticias truculentas de todas partes en el móvil. Todo es un horror. Casi todo. Un horror. Ahora paso otra hora en Instagram hasta que me canso de ver vídeos de artistas que hacen cosas

inauditas con plumas o con flores o con trocitos de cristal y arrojó el teléfono sobre la cama. Vuelvo a cogerlo, se me ha olvidado reenviar uno de los vídeos de las plumas. Ay. Otros veinte minutos. Una vez más tiro el teléfono en la colcha. Cojo el libro de la mesita de noche. Linn Ullmann, *Los inquietos*. No encuentro el punto donde lo dejé anoche. Abro el libro por las páginas donde Linn

Ullmann cuenta como, cuando era una niña, iba con su padre, Ingmar Bergman, en el coche. Su padre conducía. Al lado del padre, su hijo Daniel, de diez años. Detrás, Linn, que tenía cinco años. El padre mira a las mujeres que pasan y las puntúa de cero a diez. Anima al hijo a hacerlo. El padre da ocho puntos a una mujer que cruza ante ellos con un cesto; el niño, siete. El padre insiste en que es más bien un «ocho». El niño no da su brazo a torcer.

La niña del asiento de atrás no dice nada. Y a mí, leyendo el libro de Linn Ullmann, intentando conciliar la imagen que tengo en mi cabeza del sueco que dirigió *Persona* con esa especie de tipo resabiado, resentido y frío que pinta este magnífico libro, me va a estallar cabeza. Me levanto de la cama a buscar un ibuprofeno de 600 gramos, de esos que ya no venden.

«No temo a la muerte, sino a los prolegómenos», dijo Leonard Cohen, y lo pienso mientras escucho a Claude Nougaro (que he puesto con el volumen a tope como fútil venganza contra los vecinos que me han despertado y que ahora roncan), que escribió una canción que se llama *Dansez sur moi* ('Bailad sobre mí'),

«No temo a la muerte, sino a los prolegómenos», dijo Leonard Cohen, y lo pienso mientras escucho a Claude Nougaro cantando que los funerales son fuegos de paja

donde dice que las bodas son fuegos de artificio y los funerales, fuegos de paja. La escucho y no puedo evitar pensar en la muerte y me pregunto si la temo y, sí, claro que la temo, y sé exactamente por qué la temo: porque cuando morimos, ya no podemos rectificar. ■